

LA CEGUERA DE LOS HOMBRES

¿Cómo es posible que los hombres, numerosos en nuestro tiempo, no sean capaces de ver en Jesucristo la verdadera luz que ilumina la historia y sus vidas? “*Yo soy la luz del mundo*”, dijo Él según las Escrituras. Sin embargo, en realidad, andamos entre tinieblas, a tientas, como ciegos, y sin saber de dónde venimos y a dónde vamos. Es posible que **A. Tournier** tenga razón cuando escribe que “*las turbas siguen a los que las deslumbran y vuelven la espalda a los que las iluminan*”.

Al respecto, hay un hermoso texto de **San Simeón el Nuevo Teólogo**, monje ortodoxo, que conviene conocer y meditar. Dice así haciendo hablar a Dios:

“Cuando creé a Adán, le di el don de poderme ver y por ese don establecerse en la dignidad de los ángeles... Con sus ojos corporales veía todo lo que yo había creado pero también con los ojos de la inteligencia veía mi rostro, me veía a mí que soy su Creador. Contemplaba mi gloria y conversaba conmigo en todo momento.

Pero, cuando transgrediendo mi mandamiento saboreó el árbol, se volvió ciego y cayó en la oscuridad de la muerte.

Pero me apiadé de él y vine de lo alto.

Yo, el absolutamente invisible, compartí con él la opacidad de la carne. Recibiendo de la carne un principio,

¿Por qué, pues, acepté hacer todo esto?

Porque la verdadera razón de haber creado a Adán es ésta: que me pudiera ver. No podía soportar estar en la gloria divina y abandonar a los que había creado con mis manos; por eso, me hice en todo semejante a los hombres, corpóreo con los corpóreos, y me uní voluntariamente a ellos. Ves cuál es mi deseo de ser visto por los hombres...

¿Cómo, pues, puedes decir que me escondo de ti, que no me dejas ver?

En verdad yo brillo, pero tú no me miras”.

Teresa de Jesús, acaso por que veía en sus monjas no poca turbación, solía repetir suplicándolas: “*Hijas mías, solamente os pido que le miréis*”. ¡Mirar a Cristo! Esa es la clave para que se cure nuestra ceguera. Moisés invitó a los israelitas que miraran a la serpiente de bronce de su bastón para ser curados de las picaduras de las serpientes del desierto. La mirada cura, pero ha de ser una mirada de fe.

Gerardo Diego, ante el sepulcro de Santa Teresa en Alba de Tormes, recitó uno de sus versos más hermosos que hoy la Iglesia reza y canta en los Laudes de la segunda semana de la Liturgia de las Horas:

“Porque, Señor, yo te he visto / y quiero volverte a ver, / quiero creer.

Te vi, sí, cuando era niño / y en agua me bauticé, / y, limpio de culpa vieja, / sin velos te pude ver.

Devuélveme aquellas puras / transparencias de aire fiel, / devuélveme aquellas niñas / de aquellos ojos de ayer.

Están mis ojos cansados / de tanto ver luz sin ver; / por la oscuridad del mundo, / voy como un ciego que ve.

Tú que diste vista al ciego / y a Nicodemo También, / filtra en mis secas pupilas / dos gotas frescas de fe”.

Platón dijo que “*las sombras no les van a los que alcanzan la luz*”. Oremos para que la Luz del mundo, Jesús de Nazaret, ilumine los pasos de todos los hombres; oremos para que, si fuera necesario, el profeta de Galilea pusiera sus dedos en los ojos de los ciegos de nuestro tiempo para que se repitiera el milagro del ciego de Jericó y pudieran gritar llenos de júbilo: “*¡Ahora veo!*”.